

LEMEBEL O EL SALTO DE DOBLE FILO*

Dino Plaza Atenas

Egresado de Magíster, Universidad de Chile

En la obra de Pedro Lemebel se advierte de inmediato que uno está en presencia de un discurso distinto. En cuanto a forma, el tipo discursivo llamado “Crónica Urbana” es, si no del todo desconocido, al menos poco consolidado en el ámbito cultural del presente. Sobre los motivos que esgrime el autor para escribir desde esta clase de textos está el hecho de que, como él mismo lo afirma, la Crónica, como subgénero o intergénero, le convenía a su “escritura en tanto ella es una estrategia de micropolítica (...) (de) devenires minoritarios (...) crónica, porque tiene que ver con algo de biografía, con algo de narrativa, con una poética como coraza escritural frente a los poderes de la literatura”¹.

Intenta pues Lemebel romper con los lugares sacralizados de la literatura, con aquellos códigos fijos en los que su discurso no tiene cabida. Por esta razón, es fácil entender que busque disponer de otro lugar de desarrollo para dar circulación a sus temas. Éstos hablan de los marginados, de los que no aparecen en las estadísticas oficiales, de aquellos que irrumpen en la ciudad apoderándose de algunos de sus sectores, como es el caso particular de los travestis que se sumergen en el espacio público y rompen con los límites de lo establecido.

Lemebel se plantea así en oposición a una instancia pública, lo que define su escritura como una estrategia de micropolítica, de grupos minoritarios, y a su poética como una “coraza”, que lo pone a cubierto del influjo de la literatura oficial.

La idea de romper con lo impuesto da cuenta de las pretensiones de este autor. Se instala al margen para producir, de ese modo, una serie de textos que deben dar cuenta de una realidad-otra e incorporar a aquellos sectores que funcionan como minorías en nuestro país. El hecho de que se esté planteando una evidente oposición entre la norma oficial y esta escritura de o desde los márgenes, permite incorporar una reflexión sobre el trabajo de Lemebel y observar, a la luz de sus textos y discursos, cómo funciona la escritura en la práctica y con qué consecuencias.

Lo primero que habría que decir sobre la oposición que subyace en estas crónicas es que en ellas se advierte claramente la presencia del Otro. Este concepto implica que hay una cultura, una ideología y un Estado que regula y fija la

*El presente trabajo corresponde a un capítulo de mi tesis de magíster, titulada: “Género y género en la narrativa chilena actual”.

¹Lemebel, Pedro, entrevista en Diario *La Época*, Suplemento Ideas, Domingo 21 de septiembre de 1997.

formación del individuo. Para Lacan este concepto se traduce también con el nombre de Orden Simbólico y conlleva implícita la idea de que este Orden Simbólico “ya no puede concebirse como constituido por el hombre, sino como constituyéndolo”². La noción de un algo omnipresente que regula la formación del individuo está presente también en Freud. Este Orden Simbólico u Otro señala que todo aquello que el individuo es o quiere ser está signado por la presencia de una figura patriarcal poderosa y autoritaria. Ningún individuo escapa a esta presencia, ya que ella es la cultura misma, el espacio y tiempo en el cual se nace y se vive. Este Otro es el que “interpela los valores, afectos y actos del sujeto”³. Es una figura insoslayable, de la cual no es posible escabullirse, ya que está en la vida que da sentido al individuo, en los códigos y normas que lo constituyen.

Contra esa figura es que se alza Lemebel. Con su escritura quiere romper la red que el Otro le impone para incorporarlo a la cultura dominante y oficial. Así se puede entender lo que dijo el año 1986, en medio de un acto político de izquierda:

“No soy Passolini pidiendo explicaciones/ No soy Ginsberg expulsado de Cuba/ No soy un marica disfrazado de poeta/ No necesito disfraz/ Aquí está mi cara/ *Hablo por mi diferencia*/ Defiendo lo que soy/ Y no soy tan raro/ Me apesta la injusticia/ Y sospecho de esta cueca democrática/ Pero no me hable del proletariado/ Porque ser pobre y maricón es peor/ Hay que ser ácido para soportarlo/ Es darle un rodeo a los machitos de la esquina/ Es un padre que te odia/ Porque al hijo se le dobla la patita/ Es tener una madre de manos tajeadas por el cloro/ Envejecidos de limpicza/ Acunándote de enfermo/ Por malas costumbres/ Por mala suerte/ Como la dictadura/ Peor que la dictadura/ Porque la dictadura pasa/ Y viene la democracia/ Y detrasito el socialismo/ ¿Y entonces?/ ¿Qué harán con nosotros compañeros?/ ¿Nos amarrarán de las trenzas en fardos/ con destino a un sidario cubano?/ Nos meterán en algún tren de ninguna parte/ Como en el barco del general Ibáñez/ Donde aprendimos a nadar/ Pero ninguno llegó a la costa/ Por eso Valparaíso apagó sus luces rojas/ Por eso las casas de caramba/ Le brindaron una lágrima negra/ A colizas comidos por las jaibas/ Ese año que la Comisión de Derechos Humanos/ no recuerda/ Por eso compañero le pregunto/ ¿Existe aún el tren siberiano/ de la propaganda reaccionaria?/ Ese tren que pasa por sus pupilas/ Cuando mi voz se pone demasiado dulce/ ¿Y usted?/ ¿Qué hará con ese recuerdo de niños/ Pajeándonos y otras cosas/ En las vacaciones de Cartagena?/ ¿El futuro será en blanco y negro?/ ¿El tiempo en noche y día laboral/ sin ambigüedades?/ ¿No habrá un maricón en alguna esquina/ desequilibrando el futuro de su hombre nuevo?/ ¿Van a dejarnos bordar de pájaros/ las banderas de la patria libre?/ El fusil se lo dejo a usted/ Que tiene la sangre fría/ Y no es miedo/ El miedo se me fue pasando/ De atajar cuchillos/ En los sótanos sexuales donde anduve/ Y no se sienta agredido/ Si le hablo de estas cosas/ Y le miro el bulto/ No soy hipócrita/ ¿Acaso las tetas de una mujer/ no lo hacen bajar la vista?/ ¿No cree usted/ que solos en la sierra/ algo se nos iba a ocurrir?/ Aunque después me odie/ Por corromper su moral revolucionaria/ ¿Tiene miedo que se homosexualice la vida?/ Y no hablo de meterlo y sacarlo/ Y sacarlo y meterlo solamente/ Hablo de ternura compañero/ Usted no sabe/ Cómo cuesta encontrar el amor/ En estas condiciones/ Usted no sabe/ Qué es cargar con esta lepra/ La gente guarda las distancias/ La gente comprende y dice:/ Es marica pero escribe bien/ Es marica pero es buen amigo/

²Lacan, Jacques, *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, México, 5ª edición, 1979, p. 46.

³Oyarzún, Kemy, *Poética del Desengaño*, Ediciones LAR, 1989, Chile, p. 177.

Súper-buena-onda/ Yo no soy buena onda/ Yo acepto al mundo/ Sin pedirle esa buena onda/ Pero igual se ríen/ Tengo cicatrices de risas en la espalda/ Usted cree que pienso con el poto/ Y que al primer parrillazo de la CNI/ Lo iba a soltar todo/ No sabe que la hombría/ Nunca la aprendí en los cuarteles/ Mi hombría me la enseñó la noche/ Detrás de un poste/ Esa hombría de la que usted se jacta/ Se la metieron en el regimiento/ Un milico asesino/ Mi hombría no la recibí del partido/ Porque me rechazaron risitas/ Muchas veces/ Mi hombría la aprendí participando/ en la dura de esos años/ Y se rieron de mi voz amariconada/ Gritando: Y va a caer, y va a caer/ Y aunque usted grita como hombre/ No ha conseguido que se vaya/ Mi hombría fue la mordaza/ No fue ir al estadio/ Y agarrarme a combos por el Colo Colo/ El fútbol es otra homosexualidad tapada/ Como el box, la política y el vino/ Mi hombría fue morderme las burlas/ Comer rabia para no matar a todo el mundo/ Mi hombría es aceptarme **diferente**/ Ser cobarde es mucho más duro/ Yo no pongo la otra mejilla/ Pongo el culo compañero/ Y ésta es mi venganza/ Mi hombría espera paciente/ Que los machos se hagan viejos/ Porque a esta altura del partido/ La izquierda transa su culo lacio/ En el parlamento/ Mi hombría fue difícil/ Por eso a este tren no me subo/ Sin saber dónde va/ Yo no voy a cambiar por el marxismo/ Que me rechazó tantas veces/ No necesito cambiar/ Soy más subversivo que usted/ No voy a cambiar solamente/ Porque los pobres y los ricos/ A otro perro con ese hueso/ Tampoco porque el capitalismo es injusto/ En Nueva York los maricas se besan en la calle/ Pero esa parte se la dejo a usted/ Que tanto le interesa/ Que la revolución no se pudra del todo/ A usted le doy este mensaje/ Y no es por mí/ Yo estoy viejo/ Y su utopía es para las generaciones futuras/ Hay tantos niños que van a nacer/ Con una alita rota/ Y yo quiero que vuelen compañero/ Que su revolución/ Les dé un pedazo de cielo rojo/ Para que puedan volar”⁴.

Lemebel se plantea hablar y dar a conocer su “diferencia”. Pero ¿cuál diferencia?

El hecho de que hubiese lanzado este manifiesto, que hoy podría leerse como el ideario que subyace a sus crónicas urbanas, en medio de un acto político de izquierda, es elocuente. Lo que él está haciendo es advertir que, aun en un sector de pensamiento que históricamente se ha considerado rupturista dentro de las fuerzas sociales, su condición sexual (su homosexualismo), no tiene cabida; constituye un problema que a todos avergüenza y que nadie sabe por dónde tomar. Por eso Lemebel emplaza a los representantes de este sector.

“Porque la dictadura pasa/ Y viene la democracia/ Y detrasito el socialismo/ ¿Y entonces?/ ¿Qué harán con nosotros compañeros?”⁵.

Detrás de estas palabras gravita la certeza de que el homosexualismo, sumado a la pobreza, es de difícil solución, pues escapa a los cambios de carácter económico y político que pudieran ocurrir. Tiene que ver con una cuestión que va más allá de las doctrinas particulares y se conecta con una cultura omninclusiva que determina los modos de sentir, actuar y pensar. Esta dimensión del problema es la que fija el Otro y escapa a las posturas de izquierda o derecha. De lo que se trata es de la posibilidad de constituirse como sujeto en una sociedad que acepte la “diferencia” como un otro legítimo. De aquí arranca el discurso de Lemebel. Sus crónicas se configuran a la luz de estos postulados y es por la certeza de saber

⁴Lemebel, Pedro, *Loco Afán*, Ediciones LOM, Santiago, Chile, 1997, pp. 83 y 86. (Los destacados y cursivas de la cita anterior son míos).

⁵Lemebel, *Op. cit.*, p. 84.

que no existe la posibilidad de conseguir un sitio legitimado en el ámbito social imperante, que intenta ponerse al margen para, desde allí, producir su discurso. Su condición y lo que quiere decir exigen que él se asuma así, pues sólo desde el límite que ha impuesto el Otro le es posible llevar a cabo su proyecto.

Ahora bien, la idea de que Lemebel hable desde el límite que el Otro ha impuesto tiene o debería tener la intención de construir finalmente un proyecto propio, de constituirse a sí mismo de una cierta manera. Es decir, lo que uno puede esperar de su discurso es la conformación de un sujeto, pues, según señala Heidegger, “el límite no es sólo contorno y marco. Límite menta aquello por lo que algo está reunido en lo suyo propio, para aparecer desde allí en su plenitud, venir a la presencia”. En otras palabras, es “lo que desde sí mismo surge en su respectivo límite y permanece en él”⁶. En el caso de las crónicas de este autor habría entonces que advertir cómo y dónde su discurso le permite constituirse en sujeto y de qué manera su escritura colabora en este proceso.

Llevar adelante un análisis con estos objetivos implica aceptar que las crónicas en conjunto pueden dar cuenta del propósito del autor y que vistas cada una en su particularidad funcionan como muestras parciales del proyecto.

Dicho lo anterior, quiero referirme a la problemática marginal que muestra el autor a través de dos líneas temáticas. La primera es la que dice relación con aquellos individuos que se mueven agazapadamente e irrumpen, transgrediendo, en una ciudad que los censura, los encubre y los vigila; la segunda toca el tema de la homosexualidad, la que desde la perspectiva de Lemebel corrompe y subvierte el orden impuesto.

En la primera línea temática puede mencionarse el ejemplo de las barras de fútbol. Lemebel hace un registro de la situación en que estos grupos irrumpen en la ciudad y cómo se apropian de sectores que les están prohibidos: “deshojadas del **control ciudadano** las barras de fútbol desbordan los estadios haciendo cimbrar las rejas o echando por tierra las barreras de contención que la **ley** pone para delimitar la fiebre juvenil...”⁷.

La idea del control y la ley aparecen remarcadas en unas pocas líneas. Dan cuenta de la omnipresencia con que el Otro se materializa en un Estado vigilante, que pone límites a los jóvenes. Pero como la intención de Lemebel no es hablar de los jóvenes en general, identifica a esos grupos que integran las barras con la marginalidad: “...La Garra Blanca y Los de Abajo; dos sentimientos de la hinchada pelotera que aterrorizan el relax de los hogares de buena crianza, con los ecos mongoles de la periferia”⁸.

Hay aquí una identificación de lo periférico o marginal con esos ecos mongoles, que introducen el factor de la diferencia social y que genera en el imaginario colectivo una imagen de individuos casi bestiales, casi “no humanos”⁹. Se toman

⁶Ver Heidegger, Martin, “La procedencia del arte y la determinación del pensar”, en *Distancia y Cercanía*, editado por Petra Jaeger y Rudolf Lüther, Würzburg, 1983, Traducción de Feliza Lorenz y Breno Onetto.

⁷Lemebel, Pedro, *La Esquina Es Mi Corazón*, Editorial Cuarto Propio, 2ª Edición, 1995, Chile, p. 33 (las negrillas son mías).

⁸Lemebel, *Op. cit.*, p. 33.

⁹Al cargar las palabras con esos contenidos, Lemebel le da a los jóvenes de la periferia una condición de fieras que han logrado escapar al control impuesto y que se rebelan de la única forma como pueden

de ese modo los jóvenes un sector de la ciudad vigilada, a través de la subversión y el terror. La marginalidad se manifiesta entonces en el fútbol, que es sólo un contexto o pretexto, que permite que la furia se exponga. Puede suceder, asimismo, según el registro del cronista, que en una plaza o en un parque, en el momento menos pensado y en el lugar menos imaginado, cualquier individuo intente jugar al sexo, al encuentro de los cuerpos que se desean allí mismo: “metros y metros de un Forestal verde que te quiero en orden, simulando un Versailles criollo como escenografía para el ocio democrático. (...) Donde las cámaras de filmación que soñara el alcalde, estrujan la saliva de los besos en la química prejuiciosa del control urbano”¹⁰.

Se advierte la denuncia o el registro de una ciudad controlada y prejuiciosa. Ya ni siquiera los parques y plazas son un lugar posible para jugar al amor, pues el ojo del poder imperante, el ojo cultural estatuido por el otro ve en esta manifestación lo corrupto y lo negativo. Sin embargo, a pesar del control y las cámaras, “cuando cae la sombra lejos del radio fichado por los faroles. Apenas tocando la basta mojada de la espesura, se asoma la punta de un pie que agarrotado hinca las uñas en la tierra. Un pie que perdió su zapatilla en la horcajada del sexo apurado, por la paranoia del espacio público. Extremidades enlazadas de piernas en arco y labios de papel secante que susurran ‘No tan fuerte, duele, despacito, cuidado que viene gente’”¹¹.

Una vez más aparece, en medio del control y la vigilancia, una pista, un gesto o una manifestación de individuos anónimos que transgreden las normas del poder. Si antes eran los jóvenes de las barras de fútbol, ahora es esta gente de diversa especie que practica el sexo oculto y prohibido en el lugar vigilado. Nuevamente el cronista registra la transgresión silenciosa que practican seres anónimos y que, en su hacer, escapan a los límites de lo establecido. Frente a una ciudad que quiere negar el gesto sexual, que esconde una práctica común bajo la amenaza de las cámaras y la vigilancia, surge el ademán irreverente: “lo que no se dice y nadie sabe, porque al final de cuentas el sexo en estas sociedades pequeño burguesas sólo se ejercita tras la persiana de la convención”¹².

La intencionalidad del cronista, sin embargo, no se limita al registro del gesto transgresor de aquellos individuos que viven o actúan al margen de la sociedad establecida. En realidad, él mismo transgrede el espacio de los marginales para poner ahí una mirada signada por la marginalidad particular de los homosexuales y de esa forma mostrar la presencia negada, encubierta, pero existente, a contrapelo de todo, el homosexual travestido.

Este planteamiento nos permite entrar entonces en la segunda línea temática que se advierte en la obra de Lemebel. Y debe señalarse al respecto que, en definitiva, ésta es la que cruza y da sentido a su obra en general. Su proyecto

hacerlo: convertidos en una masa que, como tal, se adueña de pequeños espacios públicos, alterándolos y marcando así su huella de identidad, aquella identidad que el Otro, convertido en Estado, en sistema opresor y vigilante, no está dispuesto a permitirles. Si son seres marginales del sistema, restos y sobras que no tienen posibilidad de insertarse dentro del marco impuesto por el poder imperante, sólo les queda aquella manifestación de bestialidad como única marca de autenticidad.

¹⁰Idem, *La Esquina Es Mi Corazón*, p. 9.

¹¹Idem, p. 10.

¹²Idem, p. 30.

consiste en tomar la experiencia marginal que el sistema reproduce, en sus aspectos sociales y económicos, para luego atravesarlo con la expresión homosexual, dejando así registro de la mirada oculta que se filtra entre la norma y la prohibición instaurada. De allí surge la voz particular del cronista. Así da cuenta de su diferencia con el Otro. Esa mirada se proyecta sobre los diversos ámbitos de la vida nacional y erotiza cada acto, revelando un trasfondo de homosexualidad travestida. Por ejemplo, aborda la experiencia en un cine, donde todo lo que ocurre es la reproducción de una fiesta de cuerpos, de miradas, de manifestaciones de placer, que se reproducen en el secreto de la oscuridad cinematográfica y frente a una película de Bruce Lee. Allí opera un código que consiste en tomar la experiencia marginal que el sistema reproduce, en sus aspectos sociales y económicos, para luego atravesarlo con la expresión homosexual, dejando así registro de la mirada oculta que se filtra entre la norma y la prohibición instaurada. De allí surge la voz particular del cronista. Así da cuenta de su diferencia con el Otro. Esa mirada se proyecta sobre los diversos ámbitos de la vida nacional y erotiza cada acto, revelando un trasfondo de homosexualidad travestida.

La marginalidad económica se suma a la marginalidad sexual y desde esa situación doblemente prohibida se asume el encuentro de los sexos travestido por el ninja que aparece en la pantalla del cine.

No se hace pues un registro de lo que sucede con la condición homosexual en general, aquella que está más allá de la condición socioeconómica del individuo. Se pone énfasis sólo en una situación marginal extrema, en que la pobreza y la condición sexual “torcida” para la cultura imperante —el Otro— se mezclan desatando una problemática doblemente compleja. El cronista deja entrever algunas imágenes de lo que se vive en el cine de la siguiente forma: “gotea el placer húmedo de la axila, con desodorante tabaco after shave y humo de filtros aspirados, que refulgen delatando tenues algunas gargantas mamonas. Algún chupeteo glande o gusto lácteo como desesperada antropofagia, que deglute su terror al fogonazo de la calle. Porque aquí se demarca un territorio pendular, que oscila según los intermedios del programa”¹³.

La condición en que se sumergen los individuos dentro del cine es tan extrema que se demarca un nuevo territorio, un territorio que no tiene que ver con el espacio, sino con el tiempo que transcurre dentro de la sala y que sólo está determinado por la duración de la película. En medio de ese territorio temporal se vive y se reproduce un acto secreto, que sólo es realizable en el anonimato. Es tan anónimo todo lo que allí sucede que casi cuesta imaginar al hombre de familia, macho que grita en las mañanas exigiendo una camisa o corbata convertido en un “tótem que se deshoja como doncella en el momento del clímax. Nadie pensaría que detrás de la felpa de un inocente rotativo, se establece un pacto de mutua cooperación. Ninguna esposa reconocería a su negrito en esas acrobacias, por cierto **otro**. Una sociedad secreta de desdoblaje, un tragaluz que recicla y enmudece para siempre...”¹⁴.

Las expresiones del macho convertido en “otro”, inmerso en una “sociedad secreta”, dan cuenta de una realidad desconocida, de movimientos que se

¹³Idem, p. 29.

¹⁴Idem, p. 31.

producen al margen de lo establecido. La ciudad que vigila, que impone el control, es transgredida por el acto homosexual, expresión máxima de la diferencia de la cual hablaba Lemebel, dinámica posible de desarrollarse sólo al margen del Otro, lejos del sentir imperante.

De la misma forma el cronista proyecta su mirada en el registro que hace de las barras de fútbol. En medio de esa experiencia, mencionada más arriba, se transgrede la condición marginal de la juventud que se mueve entre el territorio de la población y el estadio. Allí no sólo se describe la oposición de aquellos seres convertidos en masa descontrolada y la norma pública, sino que además el cronista atraviesa esa dinámica con una erotización homosexual extrema: “a pesar del calor que cosquillea en la gota resbalando por la entrepierna ardiente, a pesar del pegoteo de torsos desnudos mojados por al excitación, los chicos se abrazan y estrujan estremecidos por el bombazo de un delantero que mete pelota rajando el himen del ano-arco”¹⁵.

El lenguaje con el que se describe el contexto del fútbol imita y transgrede al de los comentaristas radiales o televisivos. Términos como anoarco, el rescate de los graffittis con dimensión sexual (“aquí se lo puse al Albo”, “la Garra lo chupa rico”¹⁶), son expresiones que homosexualizan un discurso que se precia de ser un discurso de machos.

Al respecto, puede afirmarse que al leer toda la obra de Lemebel siempre aparece esta mirada erotizante que homosexualiza la realidad, ya sea el estadio, la cárcel, un cine, un parque o el ejército. La perspectiva con que elabora el registro de la ciudad dividida, entre el “control civilizado” y el desborde de la masa cesante, empobrecida y olvidada, sirve de telón de fondo para revelar la actividad secreta y prohibida de la práctica homosexual. Y, como resultado de esa práctica, se erosionan los cimientos del orden consolidado. En el silencio y el secreto más hermético, se filtra, por entre los vericuetos que deja la norma, el acto que rompe las barreras de una organización aparentemente férrea. Una conversación cualquiera de un ser cualquiera puede estar atravesada por esta dinámica sexual. En la ciudad, el sexo se prohíbe, se encubre. “Una política voyeur de reemplazo al sexo, que se mira y no se toca, invade la atmósfera cosmopolita”¹⁷. Es preferible no asumir la existencia de una actividad que es vista como corruptora. La ciudad aparece entonces atrapada por el enmascaramiento, por la cámara de televisión que vigila a quienes pretenden salirse de la norma.

En este contexto se hace presente la figura del travesti. Este personaje, multiplicado en diversos sujetos, encubre y se encubre, equilibrando las medidas de control y contención necesarios. El registro del cronista fija su atención en el oficio laboral del travesti y dice que “detrás de la imagen de mujer famosa, casi siempre existe un modisto, maquillador o peluquero que le arma la facha y el garbo para enfrentar las cámaras. Una complicidad que invierte el travestismo, al travestir a la mujer con la exuberancia coliza negada socialmente”¹⁸.

El travesti es un ser negado por la sociedad. Nadie quiere saber de él, pero todo el mundo aprecia la figura femenina que él mismo ha creado para la

¹⁵Idem, p. 34.

¹⁶Idem, p. 36.

¹⁷Idem, p. 64.

¹⁸Idem, p. 71.

pantalla. Hay aquí un juego de encubrimiento permanente. La sociedad se encubre, niega el gesto de dudosa hombría, que le permite a este ser marginal, borrado de la vida pública, su rol de maquillador. Se le permite que transforme la cara pública femenina a expensas de sus gustos y deseos. Su identidad negada (la del coliza exuberante) se traspasa a la mujer para que así la sociedad patriarcal goce de sus gustos. El rol del travesti que cumple estos oficios cobra aún mayor relevancia en la tarea del encubrimiento en el mundo latinoamericano, pues el encubrimiento va ligado al problema racial, social y económico: “pareciera que la alquimia que transmuta el barro latino en oro nórdico, anula el erial mestizo oxigenando las mechas tiesas de Latinoamérica. Como si en este aclarado se evaporaran por arte de magia las carencias económicas, los dolores de raza y clase que el indiaje blanqueado amortigua en el laboratorio de encubrimiento social de la peluquería, donde el coliza va coloreando su sueño cinematográfico en las ojeras grises de la utopía tercermundista”¹⁹.

El complejo de inferioridad históricamente ligado al Tercer Mundo también aparece aquí atravesado por la complicidad travesti. Hay nuevamente una operación doble de travestismos: se niega y el que es negado ayuda a negar. Todo aparece como un proceso de complicidades que va en aumento. Hay toda una espiral del ejercicio de la negación, del encubrimiento y del enmascaramiento de la cual el travesti es víctima.

El mundo de *El Otro* se perfila entonces con una cara opresora, autorrepre-siva e intolerante. El travesti también opera en la escritura, la que también traviste lo mostrado. Pero esta tendencia no es gratuita, sino que quiere dar cuenta del contexto en el cual surge el discurso “gay”. Si, como ya se ha demostrado, este discurso necesitaba ponerse al margen, en el límite del Otro para materializarse, no es menos cierto que en resumidas cuentas está produciéndose como resultado de las pulsiones de ese Otro. Lo que hay en el trasfondo de las crónicas de Lemebel es un contenido que nos quiere hablar sobre lo marginal, sobre la diferencia, pero que sólo se produce por la presencia del Otro. Ahora, plantear esto implica hacernos cargo de la idea del “deseo reprimido”, ya que sólo a partir de esta noción es posible comprender la hipótesis anterior.

El deseo, dice Kemy Oyarzún es “el vacío dejado en el lactante por el paso del Orden Imaginario (júbilo oral y materno) al Simbólico (cultura, ideología, fetichismo y Estado), lo cual instituiría y definiría al deseo como carencia que se reproduce posteriormente en las relaciones entre el sujeto y los demás, así como en su interioridad”²⁰. Así entendido, no cabe duda de que este deseo es “concebido en y por el Otro”²¹. Nadie escapa a la irradiación y fuerza de influencia de *El Otro*, pues Él está en cada uno, en la formación misma del individuo al momento de incorporarse al Orden Simbólico, a la figura universalizada de la cultura, la ideología y el lenguaje. En esta configuración hay que advertir “la tragedia del yo frente a las vicisitudes del deseo (lo reprimido) y a las exigencias del Otro (la represión)”²². Esto significa que, en el caso de Lemebel por ejemplo, es el Otro quien le dicta su deseo y, como es el Otro quien rige también a nivel

¹⁹Idem, p. 74.

²⁰Oyarzún, Kemy, *Op. cit.*, p. 13.

²¹Idem, p. 169.

²²Idem, p. 36.

de la conciencia, ese deseo no llega a materializarse en una situación u objeto determinado, sino que sólo opera como una válvula de escape al nivel de su discurso (deseo reprimido). De ahí que sea posible observar un exceso en torno a lo sexual, pues su discurso está dando cuenta de aquello que al cronista lo marca: su diferencia, su condición sexual, que es el símbolo de lo reprimido. Por esta misma razón, él pretende instalarse en el margen, porque asume que para hablar sobre su diferencia, lo reprimido, sólo es posible hacerlo desde el límite impuesto por el Otro. A causa de esta situación hace una lectura de la realidad que la mirada reprimida filtra. Sus crónicas confirman el planteamiento freudiano según el cual “el acceso a lo reprimido en el arte —como en el caso del inconsciente— sólo se da con la condición de ser negado”²³. Esto significa que “se produce así una suerte de aceptación intelectual de lo reprimido, mientras que al mismo tiempo lo esencial de la represión persiste”²⁴. En otras palabras: habría que afirmar que el intento de homosexualizar los espacios e instancias descritos en sus crónicas está dando cauce a lo reprimido, pero en un grado sólo parcial, ya que esto no implica necesariamente salirse de los límites impuestos por el Otro (la represión), sino que simplemente se hace un intento por romper con aquella barrera a través del lenguaje.

La idea que acabamos de proponer requiere de una conclusión. Habría que decir que por la presencia del Otro surge el deseo, transformado en discurso con la forma de las “crónicas urbanas” en el caso de Lemebel. Este deseo reprimido orienta el contenido de su discurso, el que quiere dar cuenta de la diferencia, asumiendo que la diferencia tiene que ver con las minorías, con los grupos marginales signados específicamente por la pobreza y la homosexualidad. Pero lo anterior sólo da cuenta de un primer nivel del texto, de “aquello que el texto quería decir y dice”. Ahora es necesario efectuar una segunda lectura y averiguar qué es “aquello que el texto no quería decir y dice, a pesar de todo”.

Para entrar en el análisis de este punto me parece necesario recurrir a Lacan y observar que al referirse al Otro, éste dice que “hablar es ya hablar el Otro”²⁵. Esta idea nos muestra que el individuo está preso en la red que la omnipresencia de El Otro establece. Por lo tanto, incorporarse al lenguaje implicaría necesariamente que se está hablando desde el Otro. A la luz de esta afirmación, cabe preguntarse cómo escribe Lemebel, cuál es el tipo de discurso que configura su palabra y, como consecuencia de esto, a quién se dirige.

Si bien es cierto que por el contenido de las crónicas evidentemente se está dejando un registro de seres marginales, de individuos que viven al margen de lo establecido, habría que dilucidar la forma con la que esto se expresa. Para realizar esta tarea basta con el siguiente ejemplo: “un espiral erizado retuerce la moral cuando el tema de las violaciones en cárceles masculinas destella al impacto de la noticia. Causa común de rechazo totaliza el **espectro dorado fecal** del reportaje. Y es en diferido, que el mismo acto se reitera en el rodaje del testimonio que multicopia el secreto. Se reconstruye la escena escabrosa en el close up a la boca interrogada en la pantalla”²⁶.

²³Idem, p. 25

²⁴Idem, p. 25.

²⁵Idem, p. 13.

²⁶Idem, *La Esquina Es Mi Corazón*, p. 45.

Observamos inmediatamente un estilo de escritura en que el mensaje está elaborado con la manifiesta intención de no decirlo todo. Hay una descripción de una circunstancia que exige un cierto nivel de desciframiento del mensaje. Los elementos relativos al tema que predomina como intención última en el cronista (la homosexualización), aparece apenas sugerido en las palabras que he destacado. Asimismo es posible observar esta estrategia escritural en el conjunto de sus crónicas. En realidad lo que Lemebel hace es decir aquello que le interesa pero encubriendo, dando ciertos datos claves en medio de frases y oraciones cargadas y recargadas y que apenas remiten a un referente específico. El trabajo final de decodificar el mensaje es tarea del lector.

Pero por sobre todo lo que da cuenta de una estrategia de escritura que él llama de “coraza” es el hecho de que la actitud del que describe se muestra lejana y descomprometida. Lo único suyo que se advierte es una determinada perspectiva que, en este caso, se caracteriza por un exceso hacia lo sexual. El resto es distancia. No se observa un compromiso personal en lo que describe. Sólo se puede ver que el cronista es un individuo que registra lo que sucede en el espacio público y privado. Ya veces, sólo en ciertas ocasiones, realiza un diagnóstico con una actitud lejana: “aún así, los parques de Santiago siguen fermentando como zonas de esparcimiento planificadas como poda del deseo ciudadano. *Los parques son lugares donde se hace cada vez más difícil realizar un manoseo, como acoplamiento de los sujetos, que sujetos a la mirada del ojo público, buscan el lamido de la oscuridad para regenerar el contacto humano*”²⁷.

Esa última imagen, “el lamido de la oscuridad”, es ejemplo de un estilo que depende de una estrategia poética encubridora, que impide el decirlo todo directamente. Pero además se ejemplifica con lo anterior una actitud del que describe en la que se esboza cierto diagnóstico, sin que haya tampoco un compromiso directo. Lo mismo puede decirse de situaciones más crudas, en que tal vez la circunstancia misma del momento exigiría una descripción más directa y menos elaborada: “los parques de noche florecen en rocío de perlas solitarias, en lluvia de arroz que derraman los círculos de manuelas, como ecología pasional que circunda la pareja”²⁸.

Nuevamente hay un intento de poetizar. El cronista no se conforma con aludir directamente a esa situación. Opta por crear un conjunto de imágenes como “parques de noche florecen en rocío de perlas solitarias” o bien “lluvia de arroz que derraman los círculos de manuelas”. Y también utiliza la concentración de imágenes culturales, esbozando fugazmente la situación homosexual: “masturbaciones colectivas reciclan en maniobras desesperadas los juegos de infancia; el tobogán; el columpio, el balancín, la escondida apenumbada en cofradías de hombres que con el timón enhiesto se aglutinan por la sumatoria de sus cartílagos”²⁹.

La idea de una situación homosexual colectiva aparece apenas figurada por una concentración de imágenes que sólo sugieren lo que se quiere decir. Se observa en esta situación un intento de enmascaramiento de parte del cronista. La imagen “cofradías de hombres que con el timón enhiesto se aglutinan por la

²⁷Idem, p. 14 (El destacado es mío).

²⁸Idem, p. 12.

²⁹Idem, p. 12.

sumatoria” evidentemente alude a una situación de hombres con hombres excitados.

Pero todo este despliegue de imágenes, que en principio da cuenta de un intento de enmascarar la situación homosexual, revela a la larga una perspectiva distinta a la que pretendía el cronista cuando afirmaba que hablaría de su diferencia y que por lo tanto se pondría necesariamente al margen. Esta postura basada en el encubrimiento, esta manera de expresar es propia de quien se reconoce en el Otro y no precisamente de quien se instala en el margen o límite. De hecho, el propio cronista rechaza esta posición. Describe una ciudad que impide el encuentro, que niega el sexo y se encubre con el control y las cámaras, haciendo predominar los sistemas de vigilancia. En esta forma de presentar el contenido marginal de su discurso, la estrategia de su escritura no coincide con la pretendida intención de instalarse al margen del Otro. En realidad, observamos un tipo de discurso que, en su forma, se reconoce en el Otro y que por esta misma razón no le habla a quienes se ubican en el margen, sino en el territorio opuesto. Se produce entonces una contradicción. Surge la duda sobre la dirección que tienen las crónicas de Lemebel. Pareciera que, aun cuando desde la perspectiva del contenido, su discurso se hace eco de la problemática marginal, de lo que se trata en definitiva es de hacer llegar esa problemática a quienes se reconocen y viven en el territorio del Otro. Es decir, Lemebel da cuenta de lo prohibido pero encubriéndolo. Busca, pues, la legitimación de su discurso en el ámbito del encubrimiento (y esto valga como segunda conclusión provisional respecto a la influencia y presencia de la figura del Otro en la obra de Lemebel, como “aquello que el texto no quiere decir pero dice”), con lo que finalmente se apropia de un espacio que en principio había negado. La oposición de contrarios aparece entonces en juego. Salta la duda sobre cuál es la supuesta diferencia que pretende consolidar este discurso.

Para entender el desplazamiento que se ha producido en los polos contrarios creo útil que nos auxiliemos del concepto de **différance** que ha desplegado Derrida. Este concepto permite comprender que lo que en realidad está operando en este discurso no es el problema de la diferencia de la que habla Lemebel³⁰, sino más bien la idea de una *différance* al estilo derrideano. La noción de *différance* permite mostrar que las oposiciones binarias y jerárquicas “son sólo diferencias”³¹. Y la diferencia, como la entiende el filósofo, da cuenta de un movimiento en que los términos opuestos terminan por relacionarse en forma dialéctica haciéndose cada uno indispensable para la existencia del otro. Esto quiere decir que se produce una desjerarquización de los términos en contradicción y que a partir de ahí la relación que se establece entre los dos es más igualitaria, provocándose una interdependencia que conlleva a un nuevo tipo de enriquecimiento.

En la obra de Lemebel el proceso descrito por la presencia del Otro, tanto al nivel de “lo que el texto quiere decir y dice” (representado en el mundo marginal

³⁰Idea que se sustenta en el principio de oposición binaria, la cual va implícita en la noción del “logocentrismo” al que alude Derrida, donde la presencia de un primer término concibe al segundo como algo negativo. (Ver al respecto los comentarios de Jonathan Culler sobre el Deconstructivismo en *On Deconstruction. Theory and Criticism after Structuralism*, Cap. II, Ithaca, New York, Cornell University Press, 1982.

³¹Vattimo, Gianni, *Las aventuras de la diferencia*, Ediciones Península, 1985, Barcelona, Cap. VI, p. 135.

de la homosexualidad y la pobreza), así como al nivel de “lo que el texto no quiere decir y dice” (identificado con el lenguaje del Otro, a quien en definitiva pretende llegar), da cuenta del funcionamiento de la *différance* descrito por Derrida. Aquí la oposición jerárquica de los términos mencionados (margen-Otro) termina por desaparecer, al conseguir el autor que sus crónicas hablen con el lenguaje del Otro y para el Otro sobre lo marginal. Este hecho acarrea como consecuencia una especie de desbordamiento de los dos conceptos y al corromperlos crea una nueva expresión que se legitima en el espacio de la cultura oficial. Esta mención que acabo de hacer sobre la nueva expresión que constituiría este discurso se relaciona directamente con la idea del **suplemento** derrideano o enriquecimiento, como señalé más arriba. Hablando sobre la *différance*, Derrida plantea que, al borrarse la jerarquización de los términos, éstos se relacionan como plenitudes en que cada una “no agrega sino para reemplazar”³². Lo que ocurre en el caso del discurso de Lemebel es precisamente esto. Tanto lo que aparece representado del Otro en sus crónicas, así como lo que aparece de lo marginal, operan en conjunto como dos plenitudes que al relacionarse crean un agregado, algo distinto: el discurso de Lemebel que se configura como algo particular en el interior del espacio del Otro³³.

Es decir que, en definitiva, Lemebel busca con sus textos la posibilidad de instalar la temática marginal de la homosexualidad en el único terreno que le parece posible para existir y éste es el espacio del Otro. Al conseguir su objetivo se habrá procurado para sí mismo un lugar de pertenencia dentro del ámbito del orden establecido y, con ello, lo más importante, la posibilidad de constituirse en sujeto, de ser a pesar de todo, pues lo que quiere hacer prevalecer es la posibilidad de ser reconocido como un legítimo otro, como quien participa del mismo juego que el resto a pesar de su particularidad y en función de ella misma.

OBRAS CITADAS

- LEMEBEL, PEDRO. *La Esquina Es Mi Corazón*, Editorial Cuarto Propio, Santiago, Chile, 2ª Edición, 1997.
- LEMEBEL, PEDRO. *Loco Afán, Crónicas de Sidario*, Editorial LOM, Santiago, Chile, 2ª Edición, 1997.
- HEIDEGGER, MARTIN. *La Procedencia del Arte y la Determinación del Pensar*, Editores: Petra Jaeguer y Rudolf Lütke, Würzburg, 1983.
- OYARZÚN, KEMY. *Poética del Desengaño*, Ediciones LAR, Santiago, Chile, 1989.
- VALLEJO, AMÉRICO. *Vocabulario Lacaniano*, Helguero Editores, Buenos Aires.
- LACAN, JACQUES. *La Instancia de la Letra o la Razón desde Freud*, tr. Tomás Segovia en Escritos I, Siglo XXI, México.
- DERRIDA, JACQUES. *La Estructura, el Signo y el Juego en el Discurso de las Ciencias Humanas*, en “La Escritura y la Diferencia”.

³²Derrida, Jacques, *De la gramatologie* (citado por Grínor Rojo en su trabajo “Sobre Emma Zunz”, *Revista Chilena de Literatura* N° 45, 1994).

³³Esta idea sobre un tipo de discurso, como es el de Lemebel, en que se conjugan los elementos característicos de espacios en apariencia opuestos, coincide con la formulación de la crítica feminista sobre un discurso que llama de “doble voz”, aquel que opera en la zona de la cultura patriarcal (el Otro, a fin de cuentas) pero que se apropia de un lugar en ese espacio con la intención de autolegitimarse a sí mismo. (Ver Elaine Showalter: “Feminist Criticism in the Wilderness”.)

- CULLER, JONATHAN *Capítulo II, Deconstrucción*, en "Deconstructivismo. Teoría y Crítica después del Estructuralismo", Ithaca, New York, Cornell University Press, 1982.
- GIANNI, VATTIMO. *Las Aventuras de la Diferencia*, Ediciones Península, 1985, Barcelona.
- SHAWALTER, ELAINE. *Feminist Criticism in the Wilderness y Feminism and Literature* en Peter Collier and Helga Geyer-Ryan, eds. *Literary Theory Today*, Ithaca, New York, Cornell University Press, 1990.
- TORIL, MOI. *Teoría Literaria Feminista*, Editorial Cátedra, Madrid, 1988.